

LUZ ENTRE SOMBRA.

ESTUDIO FILOSÓFICO—MORAL PARA LAS MADRES DE FAMILIA.

TRABAJO LEIDO POR SU AUTORA EN «EL ATENEO DE LIMA.»

I.

No simpatizo con la mujer que despojándose de los encantos propios de su sexo quiere hacerse varón, y siento tristeza por la beata, así como por la mujer incrédula, que es un libro en blanco, una nota destemplada en el concierto universal; pues unas y otras eluden el cumplimiento de sus deberes sociales.

Soy también enemiga de negar los atributos de la naturaleza. El fuego siempre será quemante y la nieve fría.

La mujer ha nacido para madre y debe ser toda ternura y sentimiento, porque el código que la rige es el corazón.

Por esto pido para el varón el bullicio de la política, donde todos se engañan unos á otros en medio de las serias genuflexiones de la diplomacia; y para la mujer, el altar de la familia, donde ella atiza el fuego sagrado á cuya lumbre fructifican el Amor y la Verdad.

Esto no quiere decir que yo desconozca que la esfera de acción de la mujer tiene de ensancharse á medida de las condiciones de cada una y según las costumbres locales, pues también me pregunto ¿qué ha de ser de la que por desdicha no es madre ni esposa? Pero estas son excepciones y la regla general tiene que ir basada en la misión que Dios le ha señalado, eligiéndola para la maternidad.

Contemplar á la mujer con kepí, cartuchera al cinto y rifle al brazo, causa risa y pena; mientras que la madre arrullando en sus brazos al hijo de su alma, ó implorando á Dios por los seres que ama, comunica paz, alegría y veneración. ¿Para qué pues, hemos de cambiar nuestras riquísimas joyas de brillantes

y rubí por el oro falso que importan aquellas doctrinas ilusorias que en la práctica nos alejan de la felicidad doméstica, tomando la excepción como regla general? Lo que importa es el cumplimiento de nuestros deberes ajustados á la Lógica, deberes que nos imponen señalar el peligro cuando lo vislumbramos y evitar la catástrofe que se inicia al caer de un edificio amenazando sepultar bajo sus ruinas á nuestros esposos, nuestros hijos y nuestros hermanos.

Entiendo que en todo orden, para sentar un principio social, hay que estudiar las utilidades de la mayoría; y acatando esta regla me dirijo á la mujer en general, á quien le concedo los mejores atributos de una alma nutrida en la fe, dirigiendo las pulsaciones de un corazón esquisito en sensibilidad, tierno y generoso, corazón de mujer peruana, cuya imaginación prespicaz adivina los peligros y presiente la dicha, cuya mirada clara y chispeante ve al través de los nubarrones que rodean á los seres queridos y cuya palabra cariñosa de consejo, casi siempre ha sido la providencia de los suyos: palabra que en momento oportuno, ha de escucharse con la reverencia exigida por la sacerdotiza del hogar.

Hoy que los cerebros se agitan ante principios contradictorios; hoy que nos invade una teoría roedora que destruye todo semejando á la polilla y no crea nada; hoy que vemos demoler los mejores edificios sociales no para levantar otros con las exigencias del gusto moderno, sino para dejar el campo arrasado y seco; hoy que nuestros hijos van parodiando al capitán Renard con sus globos aereostáticos, inflándose de un humo con olor á vanidad y alquitrán; hoy en fin, que la indiferencia de los unos, la turbulencia de los otros y el egoísmo de los más, amenaza la completa destrucción de nuestro mutilado Perú; las responsabilidades de las madres de familia se multiplican, porque las calamidades de la Patria son la consecuencia inmediata de la desorganización inmoral del hogar, pues nadie desconoce que el grupo primordial de la patria es la familia, ni puede negarse que—como dijo Máximo Müller— la ventura de las sociedades está en relación de la ventura doméstica.

¿Podrá la mujer conservarse indiferente ante el cuadro sombrío que amenaza envolver su hogar y su patria en el cataclismo destructor? No.

No es posible que calle.

Seamos las primeras en dar la señal de cariñosa prevención. Ellos que en la cuna y en nuestros brazos aprendieron á

amar la voz maternal, acaso escuchen con afecto la palabra de la mujer que les diga:

Dejad el lánguido sopor de la materia, despertad! La Patria desfallece por falta de principios morales y religiosos.

II

Voy á buscar fundamentos.

Muchas son las causas de la decadencia del pais, entre las cuales señalaría la desunión de ideas, que trae la debilidad de las fuerzas morales; pero juzgo que la principal es la que he apuntado, con profunda y leal convicción, al terminar el párrafo anterior.

Según el afortunado pensamiento de un ilustre escritor argentino (1) el escepticismo cruza en estos tiempos frio y corrosivo por en medio de nuestras sociedades. Y ese terrible veneno aniquilando en la sociedad sus gérmenes de vida, su aliento y sus fuerzas, va robándole con el egoismo que engendra todo incentivo, todo estímulo, todo calor noble y abnegado en los sentimientos, destruyendo junto con nuestros principios morales y religiosos, hasta los lazos de familia, tan dulces y estrechos para el corazón que cree y ama.

Preguntaré, imitando á un reputado pensador: (1) ¿qué se han hecho en el Perú los corazones que palpitaban por el amor de la verdad; qué nuestros hogares donde los hombres estaban prontos á sacrificar su existencia por una idea, sosteniendo en la república un principio, el de integridad por ejemplo y no el interés personal, fruto del egoismo?

Han desaparecido al helado soplo del indiferentismo en moral y religión llevándose la fe, con ella la vida del espíritu, dejándonos en cambio la materia, el cadáver; esa NADA aterradora que los químicos de la incredulidad proclaman manifestando que en sus manipulaciones nunca chocó en la retorta la presencia de Dios; del mismo modo que el escalpelo del anatómico no encuentra las coyunturas al perfume de una flor!

El egoismo se manifiesta en el hombre aún en la aplicación de las teorías que sostiene, sin contar las utilidades que para sí calcula.

Difunde con punible malicia, un liberalismo exagerado y mal entendido; aboga por el libre pensamiento, la libertad de acción,

(1) José María Zuviría.

(1) Flamarión.

la abolición de sistemas religiosos y de creencias, para la mujer y la hija ajena; pero cuando se trata de la suya, es otra cosa!

Esta otra cosa significa que allí no está la verdad, y por consiguiente, tampoco el bien de los hijos de la hermosa Libertad republicana!

Ríe, si la muger dice la verdad y la condena porque engaña.

Su afán es seducir á la incauta, pero se escandaliza si otro la seduce.

Juzgo que las ideas del hombre en doctrina de familia vagan inciertas mientras él no es padre. Por tanto, la mujer al desposarse debe comprender que inicia la nueva era del individuo en la familia que funda; que ha de ser eternamente austera en sus costumbres, porque la santidad del hogar infunde respeto al más descreído: debe ella invocar de su esposo la práctica de las buenas costumbres, por amor á sus hijos, á fin de que los pequeños sean el reflejo de las virtudes de su padre, segura de que la escuela del buen ejemplo es la que da mejor enseñanza que todos los libros juntos.

Hoy nuestros hijos, arrojados en el mar de las teorías de LA NADA, están dando manotadas en todas direcciones, levantando tumbos de escandalo y desolación. Es preciso que llegue ya la hora de asirse de algo que les salve de la muerte segura y cruel, conduciéndolos á la deseada orilla; y ese algo tiene que ir de manos de la madre, pues ella no ha de esperar impasible la zozobra del hijo.

Algunas mujeres creen que la suma de sus virtudes debe consistir en frecuentar el templo y consultar para todo al confesor. Error! lamentable error, que la ilustración de la madre cristiana está llamada á rectificar mostrándole que, si bien es un deber el ir á la casa de la oración á rendir el culto externo á Dios, las horas deben ser determinadas, porque á todo momento ha de tener presente que el altar del sacrificio diario está en su casa, donde ella ha de ser como el sol: brillar siempre para dar luz, calor y vida á todo lo que le rodea: ha de saber distinguir que existen consultas que sólo debe hacerlas á su esposo, ó á su padre.

Otras piensan que vigilar al hijo es cerrarle las puertas de calle con siete llave; precaución contraproducente cuando no se ha acumulado para los hijos la riqueza moral, que formará no solo su felicidad, sino la del Estado, dándoles principios morales y religiosos tan sólidos que les suministren durante su vida elementos interiores bastantes para dominar las pasiones de su

alma y la fácil influencia de las ajenas pasiones, sin transigir con eso que graciosamente se llama el *instinto del deber*.

Fácil es conocer la decadencia de un pueblo como de una sociedad cualquiera—ha dicho el ilustrado autor de “Religión, Religiones”—y hacer de ella el más seguro diagnóstico observando con exactitud sólo tres hechos que son fatales síntomas: la mayor ó menor intensidad de la idea religiosa; la mayor ó menor fuerza del sentimiento nacional en el pueblo; la mayor ó menor profundidad del egoísmo en cada individuo.

Ruego á los que me dispensan la honra de escucharme que poniendo la mano sobre su corazón, extiendan la mirada hácia nuestro país y juzguen de su estado actual y de su porvenir en presencia ó ausencia de esos síntomas.

¿No es verdad, señores, que al presente nuestra patria languidece como el cuerpo anémico, pobre de sangre y de fuerzas porque le falta la fe, esto es, el principio de vida social, basado en una creencia que sea la fuente de toda esperanza y de futura recompensa?

La dolencia viene de la familia, como si dijésemos del cerebro y del corazón.

Señalaré algunos cuadros.

Llegamos en el momento solemne en que se piensa pedir en matrimonio la mano de una señorita, y . . . descubriremos esta gradación dolorosa que marca la época y el egoísmo del holgazán ó del avaro. Nuestros abuelos preguntaban ántes de los esponsales:—es virtuosa?—nuestros padres:—es bella?—y nuestros hijos:—tiene dote?

De este modo la mujer hase convertido en LETRA de cambio. La que lleva firma abonada es de colocación inmediata, y la angelical criatura que sólo ofrece un tesoro de virtudes guardado por dos negros ojos; queda depreciada como el billete fiscal, para vestir pastas ó ser el zángano en la colmena de la familia.

Y ¿quién tiene la culpa de esto?

Nosotras mismas, sí, digámoslo bien alto.

La mujer es responsable de no conservar su dignidad personal, no ilustrándose lo suficiente y no enseñando al varón desde su infancia, que el corazón no es mercancía sino el arca donde se deposita el caudal de las virtudes y el amor al trabajo; la mujer que no obliga al varón al cumplimiento de sus deberes cualquiera que sea la gerarquía de éste en la sociedad. Magistrado! sacerdote! ¿por ventura no es también el hijo de nuestro seno?

Ah! cuántas lo pierden todo por falta de método!

¡Cuántas hacen odioso el sentimiento religioso con sus mogigaterías diarias!

¡Cuántas llevan el ridículo á su hogar por no inculcar sentimientos de moralidad en sus hijos!

Recuerdo haber oído no hace mucho, al pasar por las puertas de uno de esos *Salones* ó casinos á la moda, el siguiente diálogo entre jóvenes imberbes de los que se recojen en la madrugada:

—Y cómo te fué, chico?

—Así, así, hijo. Mi madre cacareó de lo lindo: el viejo tri-
nando!

Habrás visto falta de respeto filial semejante?

Aún no es todo.

Las que observamos con la mirada serena, sin tomar parte en la comedia; vemos niños de diez y ocho primaveras que debían ser el modelo del estudiante, convertidos de un brinco en lo que generalmente se llama *¡un hombre!* pero un hombre con todos los vicios de una juventud borrascosa, sin ninguna de las virtudes de la edad de la razón, en que ya se distinguen las huellas de la experiencia; y el día en que dicen con aplomo «*yo no creo en nada*» se juzgan una entidad tal que desprecian todo principio de Moral y Religión como antiguallas propias para las viejas.

Y de esta escuela tendremos: los trágicos que acaban por el suicidio; los malos amigos que no respetan el hogar ajeno; los empleados que no retroceden ante una plumada de infidencia; los militares que huyen ante el enemigo; los beodos que *liquidan* la dote de su mujer; la juventud falaz que sacrifica la patria ante un cuatro de espadas en suma, desorganización total de la familia y la decadencia de la patria, la pátria, como la consecuencia inmediata y palpable de la falta de los principios que llevo señalados.

III.

Os he fatigado, señoras y caballeros, pero voy á terminar pidiéndoos excusas.

Diagnosticado el mal, es preciso buscar el remedio; porque no quiero pertenecer al número de los que se complacen en lanzar críticas ni de los nihilistas que destruyen por destruir.

Juzgo que el remedio para la decadencia actual de la patria, se ha desprendido del curso de nuestras investigaciones en el seno de la familia; y que no puede ser otro que la propaganda de principios de moral y de religión llevados á la práctica.

Acaso alguno me pregunte con un notable publicista contem-

poráneo ¿cuál de las lucubraciones sociales, de las doctrinas, de los sistemas, de las hipótesis en fin, que se disputan hoy el dominio de las inteligencias en materia de religión, tiene el mejor derecho á nuestro convencimiento?

Verdad es que los tiempos de las disputas religiosas han visto su fin confundándose al presente el eco de la voz de San Agustín que dijo: *Dios existe porque existo yo*, y la de Voltaire declamando: *si Dios no existiese sería preciso inventarlo*, resultando en claro, la verdad analizada de que *existe Dios*.

Corremos los tiempos positivos; es necesario elegir una religión, y practicarla.

Confesamos que, si en el orden político todo entorpecimiento nace de tener leyes y no cumplirlas, puesto que según Montesquieu toda ley es buena si se cumple; en el orden social la desorganización también está en no tener religión ni practicar sus mandatos.

El Cristianismo que ha ganado bajo su estandarte fraternal el predominio de las naciones más adelantadas del viejo y del nuevo mundo, asegurando la paz de los gobiernos y la felicidad de las familias, brinda la salud social y los progresos de perfeccionamiento á nuestra patria decadente, que necesita más colegios gratuitos, establecimientos industriales, fábricas, trabajo, honradez en sus hombres, vida práctica, en fin, y no teorías disidentes, ni pasatiempos de elocuencia que cruzan como el relámpago, iluminando fuertemente nuestra retina, para ofuscarla luego.

Recordamos que, de los desastres que lamentamos una gran parte, sino el todo, es consecuencia de la facilidad con que se habla y grita lo que debe callarse.

Madres de familia! no sea nuestra palabra como la ola que se levanta, lame la arena y vuelve á confundirse en la mar salada.

Sea como el buril del lapidario que pulimenta y aquilata el diamante. Hagamos á nuestra juventud seria y reflexiva y habremos reconquistado el bienestar de la patria en lo absoluto. Y en lo relativo é individual vendrán: robustez, lozanía y larga vida, tres enemigos implacables del raquitismo, esa fatal consecuencia de las costumbres licenciosas.

Quiero ver á nuestros hijos armados con la fe en el corazón y la fuerza en el brazo, marchar erguida la frente á la cumbre de la prosperidad nacional.

El astro rey de las creencias cristianas aún no ha desaparecido en los horizontes peruanos. Eclipsado por las sombrías nubes del momento, tornará á alumbrar con luz benéfica el Perú adorado.

Mas la labor de disipar aquellas sombras que oscurecen nuestro sol y nuestro día, es de la mujer, de la madre peruana.

Si ella trabaja solícita y constante, asomará la aurora deseada; y la blanca paloma de la libertad con las alas teñidas por la sangre de los que murieron en San Juan, Miraflores y Huamachuco, volverá á levantar el vuelo, y el pabellón bicolor ondeará galano sobre la Nación, grande y fuerte!

Lima, Enero 6 de 1889.

Clorinda Matto de Turner.

